

## Nadie puede servir a dos señores

---

Antonio Ávila Chuliá

*La lealtad tiene un corazón tranquilo.*  
William Shakespeare

Como indica la tradición, cada octava de pascua, este año fue el veinticuatro de abril, Valencia celebra la festividad del patrón de la Comunidad: San Vicente Ferrer, canonizado en el siglo XV por el Papa Calixto III. El festejo comienza el domingo; cada barrio saca la imagen del santo a procesionar a la calle, luego, acompañado del estallido de petardos, aplausos, aclamaciones y cánticos se le sube a un altar alzado al efecto. Allí permanece hasta la noche del lunes, en que se le desciende para confinarlo en el domicilio de un clavario electo hasta el año siguiente, con alguna salvedad, resumida esa es la fiesta que conmemoramos anualmente los valencianos en la precitada fecha.

A estas alturas de la vida, no voy a desaprovechar el unirme a la comitiva según dictan los cánones, de modo que con excelso ánimo emprendo mi recorrido vespertino en busca de la procesión, la localizo en la calle de La Paz, ya veremos hasta cuando dura tal nombre, con ese arrebatado que tenemos de cambiar todo lo que ni molesta ni hace falta renovar. La procesión ha salido de la Catedral, por la Puerta de los Hierros, con la imagen del patrón, continuado hacia la calle de la Paz para llegar a Capitanía General, antiguo convento dominico donde residió San Vicente Ferrer. A continuación, ha seguido hacia su Casa Natalicia, detenido en la iglesia de San Esteban y, vuelto de nuevo a la Seo. Tras la imagen, el cardenal arzobispo de la ciudad, obispos auxiliares, autoridades civiles, militares, políticos, gentes del mundo empresarial, devotos, público de toda raza y condición, cerrando el cortejo la vital banda de música.

Tarde espléndida, invita al paseo, al disfrute de las actividades programadas, el brujuleo por los distintos barrios de la ciudad donde se han instalado los altares para la ocasión, catorce en total; escenarios al aire libre, donde se llevan a cabo ficciones sobre la vida y milagros del santo, denominados “miracles”, alegorías interpretadas por los niños en lengua valenciana, sometidas a concurso. Se suele visitar el Pouet de Sant Vicent, su casa natal convertida en capilla. Todo un conjunto, verdadera estampa popular que reverdece mi memoria, me retrae a mi niñez, cuando los actores de los dramas eran mis compañeros de clase, cuando se discutía sobre los pensamientos, prodigios, milagros del venerado santo. Vicente Ferrer allá por el 1412, tuvo que aconsejar y crear una Junta Fiscalizadora del Gasto Municipal, compuesta por catorce miembros, cuatro de ellos pertenecían a la nobleza, los diez restantes ciudadanos de a pie, pues los dineros de los vecinos desaparecían en bolsillos ajenos. Desde aquel instante, la Junta alzaba los censos para administrar los impuestos y gastos municipales cuya cuantía superara los cincuenta escudos. A partir de entonces no hubo que acusar a nadie de corrupto.

No sé muy bien porqué, revivo mi inicio en la catequesis a cargo del bueno de don José, cura párroco de la Iglesia de Los Ángeles del Cabañal, que sin aparente sentido para la chiquillería gustaba citar a los evangelistas, engolado lanzaba al aire con

cálido verbo: *“Nadie puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al Dinero”*, quedábamos silentes; presuponía se trataba de una frase de origen bíblico en la cual nos advertía de la contradicción que significa tratar de ser leal a dos intereses radicalmente opuestos, mal se lleva actuar siempre en base a la verdad, con la auténtica justicia, honestidad o responsabilidad, con el todopoderoso dinero, cumbre del deseo de muchos que tan pésimamente se lleva con la empatía y la compasión.

Numerosos son quienes fingen ocuparse del bienestar del ciudadano, desde sus puestos oficiales, laborales o mercantiles, pero desdeñan con profusa frecuencia que servir implica ayudar a alguien de modo desinteresado, adoptar una actitud permanente de colaboración, cuando en realidad están a disposición de la opulencia y el poder para lograr su acomodo. En este mundo de individualismo, máxime si se ocupa un cargo destacado en política, desempeña la autoridad, o simplemente se dedica al mundo empresarial, desaparece el fingimiento en cuanto perciben cualquier amenaza que mude su situación, son capaces de procesionar, sujetar el cirio encendido e incluso aclamarse a la divina providencia en solicitud de un milagro. Precisan ser reconocidos, suscitar lastima, mover al perdón. En tiempos de bonanza sus aires son diferentes, amparados por la fortuna, el continuo éxito los incapacita para la ponderación, es entonces cuando cometen los errores más graves y meten la mano donde no deben. Si a determinados ciudadanos no se les subiera a un pedestal no habría que bajarlos a empellones más tarde.

Se nos informa a diario acerca de las andanzas de los políticos, banqueros, empresarios y hombres de negocios, de sus entradas y salidas en prisión, convirtiendo las noticias en una crónica de sucesos por llamarla de algún modo. A algunos les pillaron con el carrito del helado, vamos con las manos en la masa. Los medios de comunicación sea prensa, radio, o televisión se encargan de pasar por encima de los poderes públicos, de decidir quién puede ser o no una autoridad local o nacional, concejal de un ayuntamiento e incluso hasta jefe de Estado, obligado a dimitir o condenado antes que dictaminen los tribunales de justicia. La diáspora de parte de nuestra juventud a otros países prosigue, mientras empresarios carentes de escrúpulos ven indiferentes como se hundan sus negocios al tiempo que aumenta su patrimonio personal. Existe una pérdida de confianza en el legislador, lo cual provoca un deterioro grave de valores, actitudes y conducta, ya saben aquello que cuando una sociedad deja de creer en si misma renuncia a tener futuro. Conservemos la sensatez, pues la reflexión calmada y tranquila desenreda todos los nudos.